

nes al sostenimiento de la paz: sentíanse bastante fuertes para obedecer; y este respeto á la autoridad los ha sostenido en presencia de tantos enemigos que tramaban su ruina; y este respeto, del que no se han separado sino una vez tan solo en el espacio de doscientos y treinta años, así como la gloria que hace resaltar sobre su Orden, son el argumento más decisivo que puede aducir la historia en favor del principio de obediencia.

## CAPÍTULO XXXII.

Diferencia entre las misiones de Oriente y las de ambas Américas. — El Padre Resteau en Palestina. — Residencia en Andrinópolis. — La peste y los Jesuitas. — El P. Cachod y las mazmorras de Constantinopla. — El P. Richard en el monte Athos. — El P. Braconnier y el conde de Tékel. — Su mansión en Tesalónica. — Trabajos de los Jesuitas en Oriente. — Carta del P. Tarillon al conde de Pontchartrain. — Los Jesuitas y los Armenios. — Los Maronitas y los Coptos. — Reúnense en un concilio los patriarcas de la Iglesia griega para oponerse á los progresos que hace el catolicismo por medio de los Jesuitas. — Asamblea de los Maronitas en favor de los misioneros. — Los Padres Longeau y Pothier en Persia. — Felices resultados de la mision en este país. — Tomás Kouli-Kan y el hermano Bazin. — El P. Duban en Crimea. — Sus trabajos. — El P. Sicard en Egipto. — Sus correrías apostólicas. — Sus descubrimientos científicos. — Sacrificase en favor de los contagiados del Cairo. — Su muerte. — Los Jesuitas en Abisinia. — Guerras de religion. — Situacion de la Etiopia y de la Abisinia. — El sultan Seghed II y los Católicos. — Persecucion contra los Jesuitas. — Carta de Selacristos, tío del Emperador, á los príncipes y poblaciones católicas. — Los PP. Brevdent y Bernat. — El Tibet y los PP. Desideri y Freyre. — Sus fatigas y peligros. — El P. Sanvitores en las islas Marianas. — Su celo y su martirio. — Retira Guerrero, arzobispo de Manila, su pastoral contra los Jesuitas. — Declárase su enemigo el Emperador del Mogol. — Constitúyense en mediadores entre los traficantes ingleses y holandeses de Agra y Surate. — Son perseguidos en la Cochinchina. — Penetran en Siam. — El P. Margici y el gran visir Constancio Phaulkon. — Embajada de Luis XIV en Siam. — Los PP. Fontaney, Tachard, Bouvet, Gerbillon, Lecompte y Visdelou. — Mision religioso-científica de estos Padres. — La Academia de ciencias y los Jesuitas. — El Rey de Siam y sus disposiciones. — Revolucion de Siam. — Muerte de Constancio. — Política de Luis XIV desarrollada por las misiones. — Créalas en Pondichery y en el Indostan. — Los Jesuitas en el Maduré. — El P. Beschi, gran viramamouni. — Su lujo y sus trabajos. — El P. Bouchet en las misiones. — Extiéndense estas por todas partes. — Los Jesuitas bramas y parias. — Su plan para reunir las castas divididas. — Guerra de los franceses é ingleses en la India. — Dificultades eclesiásticas sobre los ritos malabares. — En qué consisten estas dificultades. — Legacion del patriarca Maillard de Tournon á Pondichery. — Ayúdanle dos Jesuitas á resolver los casos espinosos. — Angustiosa situacion de los Jesuitas entre la obediencia debida al Legado y sus convicciones sobre los ritos malabares. — Llegada de Tournon á la China. — El emperador Kang-Hi protege á los Católicos. — Su amistad hácia los Jesuitas. — El P. Verbiest, presidente de las matemáticas. — El



papa Clemente XI y Luis XIV favorecen á los misioneros chinos. — Ocupase Verbiest en la fundicion de algunos cañones por órden del Emperador. — Hácense sospechosos á los portugueses los Jesuitas franceses. — Los Padres Gerbillon y Pereira, embajadores en Rusia. — Viste el Emperador á Gerbillon con su traje imperial. — Los hermanos Rhodes y Fraperie, médicos de Kang-Hi. — El P. Bouvet, enviado de China en Paris. — El misionero Goville y los Jesuitas astrónomos y geógrafos. — Discusiones sobre las ceremonias chinas. — Diferencia entre las creencias de los magnates y del pueblo en China. — Proposicion que hacen al Papa los Jesuitas de referirse al Emperador. — Llega Tournon á China á solicitud de los Jesuitas. — Alármase Kang-Hi á consecuencia de este viaje y de los obstáculos que provoca. — Ordenanza del Legado, proscribiendo del culto católico las ceremonias chinas. — Cólera del Emperador. — Es entregado Tournon á los portugueses, sus enemigos. — Es arrestado en Macao. — Su muerte. — Acusaciones contra los Jesuitas. — Sus faltas y su desobediencia á la Santa Sede. — Muerte del P. Gerbillon. — El P. Parrenin. — Opinion de Leibnitz sobre la política de los Jesuitas en el asunto de las ceremonias. — Principio de la persecucion. — Embajada de Mezzabarba. — Favorécenla los Jesuitas. — Facilita Laurenti su arribo á Pekin. — Muerte de Kang-Hi. — Cede Yong-Tching, su sucesor, á la violencia de los mandarines y bonzos contra el cristianismo. — Son exceptuados los Jesuitas, merced á su sabiduría, de las medidas de proscripcion. — El P. Gaubil y los niños expósitos. — Dictámen de Abel Rémusat acerca de Gaubil. — Los hermanos Castiglione y Attiret pintores del Emperador. — El P. Parrenin, gran mandarin de la China. — Es elegido mediador entre los rusos y los chinos. — Trabajos de Bouvet, Parrenin y Gaubil. — Muerte de Parrenin. — Las bulas de Benedicto XIV ponen término á las discusiones. — Sumision de todos los Jesuitas. — Decadencia del cristianismo en China.

Las misiones entabladas en Oriente no ofrecian, como las de ambas Américas, el atractivo de la novedad, así como tampoco el contacto de aquellas poblaciones vírgenes, á quienes la sola voz de los Jesuitas arrastraba de la barbarie á la civilizacion. En el Levante solo existia una masa paulatinamente degradada, á la que se hacia indispensable dar una forma; pero esta masa abrigaba todavía un vago recuerdo de su esplendor antiguo, y tenia arraigadas profundamente ciertas preocupaciones, que en su concepto reemplazaban á la independencia y al cristianismo. Al paso que encorbaba su cerviz bajo el alfanje mahometano, procuraba escudarse en la doblez de su carácter. En este ardoroso clima, donde parecian connaturalizarse el contagio y las fiebres malignas, habian continuado los Jesuitas su obra de reparacion; y su santa pertinacia triunfaba al fin de la apatía de los griegos cismáticos y del fatalismo de los turcos. Es verdad que la muerte

venia á interrumpir con bastante frecuencia su apenas inaugurada carrera; pero esta muerte prematura, léjos de la patria y de la familia, y en una region desolada y maldecida, solo servia de un nuevo estímulo para los Padres. Si en el año 1673 habian fallecido llenos de dias y merecimientos los PP. Nicolás Caulmont y Francisco Richard, el uno en Saide, y el otro en Negroponto; Antonio Resteau, el misionero de la Palestina, acababa de espirar en 1684 al pié del Calvario, inmolando su vida en beneficio de los apestados. Habiendo llegado á comprender el marqués de Châteauneuf, embajador de Luis XIV, cuán poderosa era la palanca que la Religion ponía en manos de la Francia en el Oriente degenerado, trató desde luego de moverla, secundando la creacion de una nueva mision en Andrinópolis, residencia habitual del Sultan. Pero bien pronto las enfermedades contraídas en la asistencia de los pobres y esclavos vinieron á mermar los discípulos del Instituto de Loyola: uno solo sobrevivía, el P. Pedro Bernard, que tambien desapareció á su vez. Los sacerdotes armenios derramaron copiosas lágrimas sobre su tumba por espacio de siete dias, y poco después toda aquella nacion en masa daba una muestra de su dolor escribiendo á sus hermanos de Constantinopla en los siguientes términos <sup>1</sup>:

«Loado sea Dios, que se ha dignado herir á nuestra cabeza dejándonos sin ojos y sin luz. No teníamos mas que un solo pastor, y le plugo arrebatárnosle; solo poseíamos un viñador, y le hemos perdido: ahora no somos otra cosa que unos pobres huérfanos; abandonados al furor de los herejes, contra cuyas asechanzas nos defendia nuestro custodio y apóstol, el difunto Padre Bernard. Quizás los hubiera convertido, si hubiese vivido mas tiempo, porque ningun individuo de nuestra nacion podia resistir á la dulzura y energía de su celo, el cual le impulsaba á trabajar infatigablemente por nuestra salvacion; pero sabemos que está en el cielo, y no nos olvidará.»

Mas no fue Pedro Bernard el último Jesuita que sucumbió en el Levante mártir de su caridad <sup>2</sup>. Era este un tributo que pagaban anualmente á la parca; pero no bastaba á detener todo esto su

<sup>1</sup> *Relacion enviada al clero de Francia reunido, en 1695, pág. 105.*

<sup>2</sup> En el cementerio público de Constantinopla, y sobre la lápida sepulcral que encubre los restos de los Padres de la Compañía de Jesús, muertos en el servicio de los contagiados, se lee la inscripcion siguiente, que seria mucho



carrera. Existían en las mazmorras del Gran Señor numerosos cristianos, cuya fe era indispensable sostener para hacerles menos horrible su mísera situación; tal fue el privilegio exclusivo que reclamaron siempre y con las más vivas instancias los hijos del Instituto de Loyola. En este horroroso recinto, en que todas las calamidades se desprendían de la esclavitud, la principal de todas, solo hallaban los Jesuitas penosos deberes que desempeñar, solo se ponían en contacto con las enfermedades del cuerpo y del alma; condenábanse allí á todos los sufrimientos para mitigar los de los esclavos; seguíanlos en sus penosos trabajos ó sobre las galerías otomanas; mendigaban para socorrerlos, y morían para animarlos á soportar una existencia tan penosa. Pero á pesar de que este sacrificio lo era de todos los días y á todas horas, el Padre Cachod, uno de esos hombres cuyo sublime heroísmo desdén la historia, escribía desde Constantinopla en 1707: «En la actualidad he logrado hacerme superior á todos los temores que inspiran las enfermedades contagiosas, y, Dios mediante, ya no moriré de este mal después de los azares que acabo de correr. Acabo de salir de los calabozos, donde he administrado los últimos Sacramentos y cerrado los ojos á noventa personas, únicas

mas larga si se hubiesen reunido en la misma tumba todos los misioneros fallecidos á consecuencia de este azote:



IHS

HIC JACENT

PATRES SOCIETATIS JESU

PESTE INTEREMPTI.

- P. LUDOVICUS CHIZOLA, MDLXXXV.
- P. CAROLUS GOBIN, 1612.
- P. LUDOVICUS GRANGIER, 1615.
- P. FRANCISCUS MARTIN, 1622.
- P. NICOLAUS DE SANTA GENOVEVA, 1680.
- P. PETRUS BERNARD, 1685.
- P. NICOLAUS VABOIS, 1686.
- P. HENRICUS VANDERMAN, 1696.
- P. FRANCISCUS RANGEART, 1719.
- P. JACOBUS CACHOD, 1726.
- P. MARCUS CHAROD, 1731.
- P. ANSELMUS BAYLE, 1726.
- P. PETRUS CLERGET, 1736.

«que han fallecido durante tres semanas en este lugar de suplicios, mientras que en la ciudad y al aire libre han muerto los hombres á millares. Durante el día, nada se me hace pesado; nada es capaz de intimidarme; pero en llegando la noche, y durante el corto descanso que se me permite, se halla mi mente azorada de horribles ideas. Paréceme que el mayor peligro que hasta el día he corrido, y que correré tal vez en mi vida, ha consistido en el fondo de cubierta de una sultana de ochenta y dos cañones, donde los esclavos, de acuerdo con los guardias, me hicieron entrar de noche para que les confesase y les dijese misa muy temprano. Después que nos cerraron con doble candado, como es costumbre, confesé y dí la comunión á cincuenta y dos esclavos, de los que doce estaban enfermos, y tres murieron antes que yo saliese. Fácil es calcular el aire que se respiraba en este sitio herméticamente cerrado; pero Dios, que por su infinita bondad me ha salvado de este paso, me sabrá salvar de otros muchos.»

Doce años mas tarde, en 1719, Jacobo Cachod, á quien los esclavos apellidaban su padre, sucumbió á la violencia de estos padecimientos que tantas veces habia aliviado en los demás; pero no tardaron en sucederle otros Jesuitas, que pasando á crear un colegio en Scio, lograron reunir en él mas de trescientos alumnos, á quienes instruyeron en la virtud y en el estudio de las bellas letras. Habia prosperado de tal modo la mision, que por los años de 1695 se hallaban ya once Jesuitas indígenas al frente de una cristiandad que pasaba de ochenta mil personas. Verdad es, que se hallan expuestos á las extorsiones de los turcos, las que no cesan de alimentar las excitaciones de los griegos cismáticos; pero no por eso se desalientan los Padres. Saben muy bien que al lado del triunfo les espera la persecucion y el martirio, y sin embargo, caminan sin retroceder. Una vez sentado en Scio el cuartel general del catolicismo, tratan de penetrar en las islas de Metelin y Samos. Nada les importa que los musulmanes destruyan su colegio; ya se les ha dado por protector á un vicecónsul francés: nada que los PP. Albertin, Ottaviani y Gorré sucumban en la lucha; Antonio Grimaldi y Andria pasan á reemplazarlos: nada, por último, ver saqueadas sus casas; ellos abren otras dos en que son recibidos los niños sin distincion de cultos ni de patria. Mientras se dedican unos á emancipar el Oriente por medio del cristianis-



mo, otros, como el P. Francisco Richard, se lanzan á la cumbre del Athos, ya con el objeto de verificar en él observaciones científicas, ya con el de estudiar los manuscritos antiguos, ó bien con el de llamar á la unidad á los seis mil monjes que no hacen mas que vegetar en estos desiertos de ignorancia y supersticion.

Escudado el P. Braconnier con la proteccion de Luis XIV, monarca que sabe hacer respetar el pabellon francés de todos aquellos pueblos, no solo ha logrado sostener la fe entre los cristianos de Constantinopla, sino tambien restituir al seno de la Iglesia católica al célebre conde Emerico Tékelí, héroe á quien la ambicion y el luteranismo habian lanzado á las filas del ejército otomano<sup>1</sup>. El P. Braconnier era misionero antes que todo, y su apostolado no le impedía el que tratase de instruir á la Europa con sus relaciones. Después de determinar la posicion de la antigua Filipos, capital de Macedonia, fundó en 29 de enero de 1706 una residencia en Tesalónica. Acompañanle en sus tareas otros dos Jesuitas, Vicente y Piperi, quienes, puestos á cubierto de todo insulto con los despachos diplomáticos que les habia otorgado Luis XIV y su embajador el marqués de Reriol, trabajan con tanto ardor en la propagacion de la fe romana y de la arqueología, que bien pronto consiguen visitar todas las cristiandades vecinas, y descifrar las inscripciones grabadas sobre los antiguos monumentos de los tiempos de Alejandro. No contento Braconnier con emprender una obra tan difícil como peligrosa; no satisfecho su celo con penetrar entre los griegos y predicarles la unidad; ni creyendo, por último, suficientemente recompensadas sus fatigas con haberse granjeado el aprecio de Miguel Paleólogo, uno de los mas ardientes defensores del error, haciéndole regresar al seno de la Iglesia, funda una mision para que sirva de casa de oracion y de estudio á las familias convertidas por los Jesuitas al catolicismo. Verdad es que estas familias eran entonces poco numerosas; pero el Jesuita, cuya elocuencia es casi tan grande como su caridad, no conoce obstáculos de ninguna especie. Si el palo de los turcos se levanta con frecuencia sobre su cabeza; si en unas partes le golpean, y le mutilan en otras; no produciendo en él mas efecto las amenazas, golpes y malos tratamientos que el que habia producido el contagio, no continuaba con menos ardor su empresa. Si la peste y la guerra diezman incesantemente estas poblaciones,

<sup>1</sup> *Relacion manuscrita del P. J. B. Souciet.*

los primeros desvelos del Jesuita se dirigen á socorrer á los enfermos y heridos: hállasele muchas mas veces en las mazmorras de los esclavos que en los salones de los poderosos; y cuando en 1716 vino la muerte á coronar una existencia tan extenuada con las fatigas, la mision fundada por él en Tesalónica solo necesitaba operarios. Sucedióle los PP. Souciet, Tarillon y Grosset.

La Sociedad de Jesús contaba en Oriente con una multitud de residencias, de las que las principales estaban establecidas en Constantinopla, Esmirna, Tesalónica, Scio, Naxos, Sidon, Eubea, Trebisonda, Santorin y Damasco, el ojo del Oriente, como llamaba Juliano á esta ciudad. Diseminándose desde ellas por todos los ángulos de las regiones orientales, llevaban á todas partes la luz del Evangelio. Con dificultad lograban que penetrase la conviccion en los corazones, después de largas y penosas discusiones, porque en estos climas no habia salvajes á quienes fuese necesario domesticar, ni se las habian con tribus bárbaras á quienes se hubiese de conducir por grados á la civilización; pero el cismático griego y el armenio, que hacia ya muchos siglos profesaban un culto, y que con la leche habian mamado sus errores y preocupaciones, no se dejaban persuadir tan fácilmente. Á fuer de hijos degenerados de un pueblo grande, vegetaban como orgullosos mendigos, satisfechos de una gloria que les era imposible reanimar, y en medio de las ruinas de aquella Grecia, cuya poesia y fugitivo esplendor no concebían; pero imponiéndose los Jesuitas como una ley la paciencia, llegaron por fin á desarraigar una obstinacion tan perniciosa. «En cuanto al rito griego, escribía el P. Tarillon en 1713 al conde de Pontchartrain, que nada «encierra de malo, á nadie obligamos á abandonarle para abrazar el latino. Cuando encontramos algunos curas ú otros eclesiásticos que yerran en algunos artículos de fe, los ortodoxos, «que tenemos sobre esta materia las reglas dadas por la Santa «Sede, con arreglo á ellas comunicamos en lo que es útil y bueno, rechazando constantemente lo demás; y segun el espíritu «de estas reglas guiamos y conducimos á los que se nos juntan. «Á los que rehusan conformarse á estas reglas, les negamos «la absolucion; sin embargo no por eso los excluimos totalmente «de las iglesias latinas, cuando vienen á implorar los auxilios divinos, ó á proponernos alguna dificultad, ó á cobrar aficion y «gusto á nuestras ceremonias; porque á mas de atraernos sus vo-



«luntades con esta condescendencia, hemos experimentado ser el mejor medio para hacerlos ingresar en el seno de la Iglesia.»

La dialéctica del controversista tenia que sustituir á la persuasiva del misionero; los ímpetus del entusiasmo venian á extinguirse enteramente ante estas incesantes luchas: era indispensable forjarse un arma de las demostraciones y silogismos históricos para reducir al silencio estos espíritus disputadores, dispuestos siempre á la polémica. Pero, si tal era la posicion reservada á los Jesuitas, estos no fueron perezosos en aceptarla. Con el objeto de restituir los griegos á la unidad, establecieron multitud de misiones en las islas del Archipiélago, cuyos primeros frutos fueron recogidos por las de Siphanto, Serphos, Therasia y Paros. En ellas enseñaban los Jesuitas á los naturales el secreto de la caridad, resucitando al mismo tiempo en la Siria la obra de sus antepasados. El campo no podia ser mas vasto ni mas espinoso. En primer lugar necesitaban conservar la fe en los Católicos, debiendo en seguida obrar sobre los Maronitas, Armenios, Caldeos y Coptos, que no podian practicar su religion sino á fuerza de enormes tributos que pagaban á la Sublime Puerta; y como todos estos cultos tenian sus patriarcas, obispos y sacerdotes, que á cada paso suscitaban nuevos obstáculos á los misioneros, parecia humanamente imposible vencer tantas contradicciones y repugnancias. Sin embargo, nada era capaz de desalentarlos. Al ver los Padres de la Compañía que los mismos griegos les miraban como únicos directores de la juventud, enviándoles sus hijos para que los instruyesen en union con los europeos y armenios, no podian menos de convencerse de que la educacion debia, en un tiempo dado, realizar sobre las generaciones nacientes el cambio que los hombres ya formados solo aceptaban de un modo individual: aguardaban con paciencia, y se ponian á la mira contra el cisma en Trípoli y en Damasco. Mientras que en 1717 tomaba la mision un incremento consolador, convencidos los patriarcas de Alepo y Alejandría de la supremacía del Pontífice romano, no temieron dirigir á Clemente XI su profesion de fe.

Apenas habian transcurrido seis años desde este acontecimiento; y viendo los patriarcas de Constantinopla, Jerusalem, Antioquia y Damasco que el ejemplo de los referidos prelados decidia á un gran número de cristianos á convertirse á la Silla apostólica saludándola como regla de su fe, resolvieron reunirse en sínodo

para contrarestar los progresos del catolicismo. Observaban estos pastores la desercion que iba experimentando su rebaño, y resolvieron confiar su custodia á los genizaros del serrallo. Á fuerza de dinero obtuvieron del Gran Señor un firman, por el que se abria la era á una persecucion que la Francia no podia entonces contrarestar, porque la regencia de Felipe habia debilitado su ascendiente. Prohibíase á los Cristianos en este decreto, expedido á ruego del sínodo, abrazar la religion católica; y ordenaba á los que ya se habian adherido á ella, que renunciassen inmediatamente á esta creencia, prohibiendo á los Jesuitas toda comunicacion con los Griegos, Armenios y Sirios, so pretexto de instruirlos. Mas no por eso abandonaron los misioneros su empresa: se les encarcelaba y amenazaba de muerte, así como á los patriarcas y demás católicos; pero creyendo un deber suyo conjurar la tempestad excitada por el oro de los cismáticos, y viendo que el cónsul de Francia en Alepo se desentendia de tan generosa iniciativa, se dirigen al embajador de Luis XIV, marqués de Bonnac, quien, usando un tono amenazador é invocando el nombre de su nacion, consigue al fin que puedan los Jesuitas entregarse libremente al ejercicio de su ministerio.

Habíase formado en Antourah otra mision que empezaba ya á extenderse por el Líbano, cuando se celebró un sínodo en la montaña en 30 de setiembre de 1736, al que acudieron tres obispos católicos y catorce maronitas, con su patriarca al frente, para tratar de su reunion á la Iglesia, bajo la presidencia de José Assemani, legado supernumerario de la Santa Sede. Empero, si los Jesuitas habian sido los promotores de esta asamblea, los Católicos del Líbano reportaron sus ventajas, puesto que á sus instancias fueron autorizadas doce piadosas mujeres para fundar en las inmediaciones de Antourah un convento con el título de la Visitacion, destinado á recibir y educar las viudas y las hijas de los ortodoxos. No consintiendo el superior de la mision de Alepo, el P. Fromage, cuyo mérito era reconocido en la montaña, desperdiciar las ventajas que debia producir este sínodo, estableció, de acuerdo con los PP. Venturi, Busly y el hermano Richard, diferentes congregaciones entre los Armenios, Griegos y Maronitas. Estas instituciones de jóvenes secundaban el desarrollo de la fe, al paso que aclimataban la Europa en el seno del Líbano.

Cargados los PP. Longeau y Pothier de los ricos presentes que